

de organizar una cruzada contra los turcos, ambos reyes se concertaron más bien contra el papa, pues resolvieron obligarle á decretar el divorcio de Enrique VIII, amenazándole con un cisma común. En aquella nueva reunión se prescindió de cuanto hubiera podido reanimar la fastuosa rivalidad que desgraciadamente había enconado á Inglaterra contra Francia en el Campo de la tela de oro. Enrique VIII encargó previamente á Montmorency que no llevase á las personas de la corte adictas al emperador, ni tampoco á los burlones y maldicientes.

La política de Francisco I había entrado ya en una fase nueva, que podría llamarse la fase pontificia. El monarca francés, para encontrar apoyo en Italia, se fué acercando al Sumo Pontífice Clemente VII, que disponía de Roma y de Florencia. El papa y el rey avistáronse en Marsella, acordando el matrimonio del duque de Orleans, hijo segundo de Francisco I, con Catalina de Médicis, sobrina de Clemente VII (Octubre de 1533). La novia no llevaba más dote que su título de princesa de Ur-



Enrique VIII de Inglaterra (De un grabado antiguo)

bino y 200.000 escudos. Un partido muy numeroso en la corte la recibió friamente, considerando aquel enlace como un casamiento desigual. El papa adquirió en su viaje á Marsella la certeza de que el rey de Francia perseguiría á los herejes en su reino, pero no pudo conseguir, aunque se lo suplicó reiteradamente, que Francisco I abandonara la alianza con los príncipes y Estados protestantes. Estos habían de ser el más firme sostén de Francia durante la lucha de ésta con la casa de Austria.

Enrique VIII consideró sospechosa aquella aproximación de Francisco I al papa; su matrimonio con Ana Bolena y la sustracción de obediencia de Inglaterra á Roma (1534) alejaron de él á Francisco I casi tanto como

á Carlos V. La excomunión que el Sumo Pontífice lanzó contra el monarca inglés pareció apartar por muchos años de la política europea á Enrique VIII.

Muy al contrario, los príncipes protestantes de Alemania, desde que se habían confederado en la liga de Smalkalda, podían ser considerados como una de las grandes potencias políticas europeas. Aquella liga, bosquejada casi al salir de la dieta de Augsburgo por el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, se constituyó definitivamente en Marzo de

1531. El rey de Dinamarca entró el año siguiente en la Liga, que pronto contó como aliados ó protectores á Francisco I, Enrique VIII y Zapolya, rey de Hungría. Sajonia, Hesse y hasta la católica Baviera estipularon en el tratado de Scheyern (1532) las cantidades que debía darles el rey de Francia. Éste propuso á la acción de los confederados un objeto inmediato: la restauración del duque Ulrico de Wurtemberg. Francia contribuirá á la empresa con una cantidad de 125.000 coronas,

adquiriendo por ese precio el condado de Montbéliard. En 1534, Felipe de Hesse restableció á Ulrico en su condado de Wurtemberg, donde se le odiaba por su tiranía.

CRUZADA DE CARLOS V Á TÚNEZ.—Carlos V fingía no ver los disturbios de Alemania, como lo había hecho durante los primeros diez años de su reinado cuando intentó establecer el dominio imperial en Italia. Si en los cinco años subsiguientes á la dieta de Augsburgo no hizo caso de las provocaciones de los protestantes alemanes, y si pareció sancionar los progresos de la liga de Smalkalda tratando con ella en Nuremberg y en Cadan (1532-1534), fué porque se vió á punto de satisfacer una de sus ambiciones predilectas y dar á Europa la prueba más

rotunda de su soberanía universal. Preparaba una cruzada contra los turcos. Su hermano Fernando no había logrado conquistar el reino de Hungría contra el sultán. Carlos V desatendió una guerra que no había de favorecer más que á la casa de Austria. Quiso que su empresa religiosa fuese útil á toda la cristiandad. Atacó á Túnez, principal guarida de los piratas que infestaban el Mediterráneo y cogían cautivos en todas las costas europeas. En 16 de Junio de 1535 desembarcó un ejército español en la Goleta. Después de un mes de sitio, Túnez abrió sus puertas, quedando en libertad 20.000 cautivos cristianos.

FRANCISCO I REPRODUCE LA GUERRA.—La cruzada de Carlos V á Túnez no alcanzó en Francia la misma popularidad que en el resto de Europa. Un partido numeroso en la corte de Francisco I no vió en la generosa empresa del emperador más que un acto temerario que el rey habría debido aprovechar para invadir á Italia. Ya no rodeaban á Francisco I los consejeros que le guiaron en los comienzos

de su reinado ó que habían restaurado el reino después de la derrota de Pavía. Luisa de Saboya había muerto en 1532; el canciller Duprat desapareció en 1535, y en palacio dominaban en absoluto los contemporáneos y compañeros del monarca. Entre éstos, Montmorency, gran maestre de Francia, y el almirante Chabot de Brion, se disputaban la preponderancia. Su rivalidad recordaba la que, en la generación anterior, había surgido entre Borbón y Bonnavet, pero no debía ser tan perjudicial para Francia. Montmorency, católico ferviente y partidario de la autoridad, no podía menos de admirar á Carlos V y deseaba la paz. Chabot, como tenía que crear todavía su reputación de capitán, quería la guerra y consiguió

que se declarase poco después de la expedición á Túnez.

Cinco años de paz restauraron la prosperidad del reino, permitiendo al rey reconstituir sus fuerzas militares. El año 1534 se invirtió en reformar la caballería de las compañías de orden y en organizar siete legiones de infantería nacional. Francisco I, al visitar en Abril de 1535 el Norte de su reino y el puerto del Havre, fundado por él, revistó las primeras legiones.

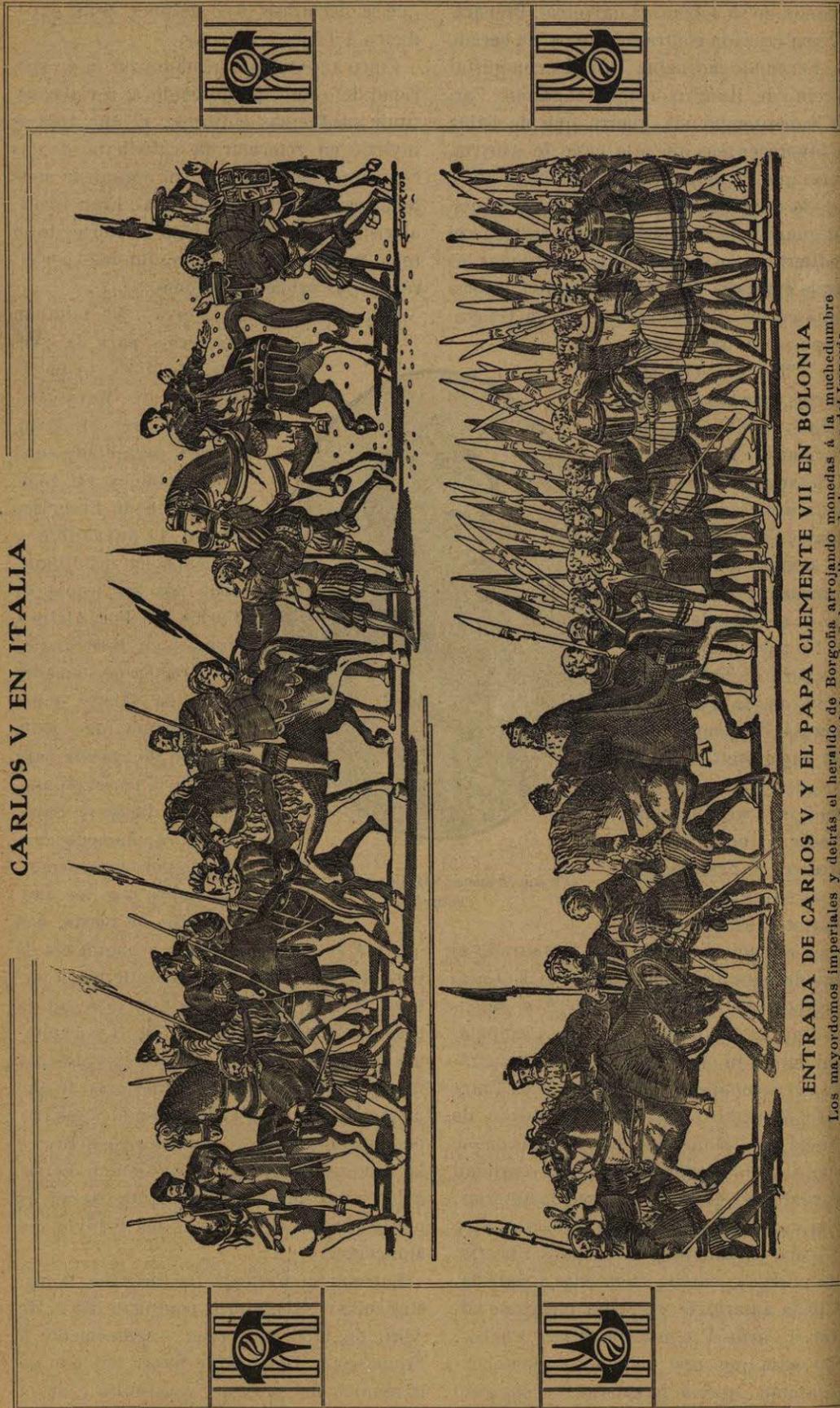
CONQUISTA DEL PIEMONTE.—No faltaban pretextos para la guerra. En 1533, lo fué la muerte de Merveille, agente secreto de Francisco I, decapitado en el Milanesado, y en 1535, la muerte de Francisco Sforza (14 de Octubre) y la ocupación del Milanesado por las tropas de Carlos V. Por último, Francisco I reivindicó los derechos de su madre Luisa de Saboya sobre el Piemonte, que podía servirle de prenda para cambiarlo por el Milanesado. El duque de Saboya fué rápidamente despojado por los franceses, ayudados por los protestantes de Berna, con

quienes se unieron hasta los hugonotes de Ginebra. El almirante Chabot de Brion terminó la conquista en Abril de 1536 con la toma de Turín, Pignerol y Coni. Los capitanes franceses estaban tan convencidos por la experiencia de guerras anteriores de que no podían disputar el Milanesado á las tropas españolas, que el almirante se detuvo á la primera intimación de Antonio de Leiva, gobernador imperial. Semejante exceso de prudencia fué el principio del disfavor del almirante.

Entretanto, Carlos V se dirigió á Roma, eligiendo el consistorio pontificio del 17 de Abril de 1536 para retar solemnemente á Francisco I. Después de haber hablado de la reunión del próximo consistorio y de la



El papa Clemente VII (De un grabado antiguo)



ENTRADA DE CARLOS V Y EL PAPA CLEMENTE VII EN BOLOGNA

Los mayordomos imperiales y detrás el heraldo de Borgoña arrojando monedas á la muchedumbre. El duque de Baviera con el globo imperial y el duque de Saboya llevando la corona del Imperio



ENTRADA DE CARLOS V EN BOLOGNA

El marqués de Monferrato y el duque de Urbino

guerra contra los turcos, asuntos que solía tratar en sus conversaciones oficiales, el emperador ofreció por última vez la paz á Francia. Habló de conceder el Milanesado al duque de Angulema, tercer hijo del rey, pero juzgando las intenciones belicosas de su adversario por las propias, amenazó con jugarse el todo por el todo hasta la ruina de uno de los dos. El que sucumbiera quedaría reducido á un pobre hidalguelo. «Si el rey se obstina en querer la guerra —dijo al terminar—, lo mejor sería que personalmente, de hombre á hombre, combatiéramos uno contra otro en un palenque cerrado para zanjar todas nuestras cuestiones.» Aquel desafío, como el primero, no obtuvo contestación. Francisco I se fortificó en su conquista, rectificando las murallas de las ciudades del Piamonte. Francia debía permanecer durante 23 años en aquella vertiente oriental de los Alpes. El sistema adoptado por Francisco I era el más favorable para la guerra defensiva. «Para cohonestar los efectos de la artillería, fué el primero en construir obras de tierra, cuyo sistema había ensayado ya en Italia, y se propuso resguardar el reino con dos líneas de plazas fuertes.» (L. Ranke.) El emperador no encontró abierto más paso que el de Provenza, que los franceses abandonaron porque no podían defender sus riberas de la escuadra de Doria. Montmorency tomó entonces el mando. Era el único jefe bastante implacable para abandonar una provincia al enemigo después

de haber destruído todas sus poblaciones, pero también era el único que inspiraba bastante temor y confianza para reunir un gran ejército y mantener en él á un tiempo la disciplina y el reposo. Mientras el emperador se internaba en el desierto provenzal hasta Arlés y Marsella, únicas ciudades que quedaban en pie, Montmorency y el rey reunían al Sur de Valence, en la Meseta de la Guerra, un ejército que aumentaba incesantemente. Pronto se trasladó el campamento al Sur de Aviñón, donde los soldados estaban á tiro del enemigo, pero se les había prohibido combatir. Montmorency no perdonaba

ninguna infracción. Daba fríamente la orden de «ahorcar, acuchillar y arcabucear» á los revoltosos, «mascullando entre tanto sus padrenuestros». Á la par, la disentería minaba el ejército de Carlos V, que perdió 20.000 hombres, sin más satisfacción que entrar en Arlés, abandonada inmediatamente por sus habitantes. El 23 de



El emperador y el papa (De unos grabados en madera ejecutados por Juan Nicolás Hogenberg, artista de Munich del siglo XVI)

Septiembre de 1536 pasó de nuevo el Var.

Francisco I, que no tuvo necesidad de combatir en Provenza, trasladó la guerra al Norte de su reino, á la frontera de los Países Bajos. Claudio de Guisa fortificó convenientemente á Champaña, y el mariscal de Fleuranges sostuvo en Perona un sitio heroico. Francisco I propaló á los cuatro vientos su intención de conquistar á Flandes. Aunque había perdido por el tratado de Cambray la soberanía de aquella provincia, citó á su vasallo Carlos de Austria para que compareciera ante el Parlamento. Como el emperador no se presentó, sus feudos fueron confiscados por felonía (15 de Enero de 1537).

Una campaña sin gloria siguió á aquella pomposa manifestación. Francisco tomó en la frontera de Picardía los dos pueblecillos de Hesdin y Saint-Pol. Esta última plaza volvió á caer en seguida en poder de los imperiales.

TREGUA DE NIZA.—Carlos V debía procurar reconciliarse con Francisco I, porque este rey era el único mediador que podía facilitarle una tregua con los turcos. Por otra parte, no faltaban en la corte de Francia importantes personajes en cuya opinión el auxilio de los turcos era más comprometedor que útil. Así pensaba Montmorency, adicto á las antiguas tradiciones de la política europea, y además sinceramente cristiano. Montmorency era el único capitán cuya fama se había acrecentado durante aquella guerra, pero siempre deseó enérgicamente la paz. Cuando se le otorgó el 10 de Febrero de 1538 la dignidad de condestable, vacante desde la traición de Borbón, la causa de la paz avanzó un paso decisivo.

Acordóse por mediación del papa Pablo III un armisticio, y se proyectó una entrevista entre Francisco I y Carlos V. La reina Leonor concertó con su hermano el emperador, que fué á visitarla en Niza, las condiciones de una tregua general por diez años. Aquella tregua (18 de Junio de 1538) fué acogida por el reino con las mismas demostraciones de júbilo que si fuera un tratado definitivo. Un mes después (14 de Julio) se reunieron en Aigues-Mortes el emperador, el rey y la reina de Francia, Montmorency, Andrés Doria y el duque de Lorena. Car-

los V admitió la posibilidad de ceder el Milanésado al hijo segundo de Francisco I, y aunque intercedió en favor del duque de Saboya, dejó al monarca francés en posesión del Piamonte.

Poco faltó para que todas aquellas visitas regias finasen al año siguiente con el acuerdo de una paz duradera, ventajosa para ambas partes. Los artículos de Toledo (1.º de Febrero de 1539) prometían la reconciliación de las dos casas de Francia y Austria, estipulando el doble casamiento del nuevo duque de Orleans, tercer hijo de Francisco I, con la hija ó sobrina del emperador—que le daría en dote el Milanésado—, y de Felipe, hijo de Carlos V, con una hija del rey de Francia.

Durante algún tiempo, los dos soberanos reconciliados inspiraron su conducta en una adhesión incondicional á la causa de la ortodoxia católica. Enrique VIII, rey cismático de Inglaterra, se alarmó, no sin fundamento, de una tregua cuyo árbitro era el papa. En vano fué que, para contar con algún apoyo en el continente, ofreciera alternativamente su mano á una princesa de la casa de Francia ó de la de Austria. Pretendiendo que le presentaran la novia en Inglaterra, antes de decidirse, fué rechazado por ambas partes. En cambio, Jacobo V de Escocia casó en primeras nupcias con Magdalena de Francia, hija de Francisco I, y poco después, en segundas, con María de Lorena, hermana de los Guisa, que empezaban á ejercer cierta influencia en la corte de Francia. Castillon, embajador francés en Londres, estudió los medios de que los franceses, aliados con los escoceses y los imperiales, pudieran invadir á Inglaterra.

Mientras se preparaba todo para aquella cruzada, el papa nombró un legado *in partibus Angliæ*, eligiendo para este cargo al cardenal de la Pole, pariente de Enrique VIII. Francisco I ofreció al legado un asilo en sus Estados, cerca de la Gran Bretaña.

Francisco I enajenábase con igual imprevisión las simpatías de los príncipes protestantes de Alemania, reanudando en 1540 la persecución de los protestantes en su reino (1).

(1) Véase el capítulo XII.

REBELIÓN DE GANTE. CARLOS V EN FRANCIA.—La corte de Francia servía tan rigurosamente los intereses del emperador como los de la religión. Así lo vió demostrado Carlos V cuando la rebelión de los ganteses. Francisco I, contando con la seducción de su acogida para triunfar de las últimas resistencias del emperador y arrancarle la donación del Milanésado, ya le había invitado á una cacería en Francia. Un pretexto tan frívolo no podía convenir á la seriedad de Carlos V, pero cuando juzgó necesaria su presencia en Gante, dió á entender que «si las cosas le permitieran ir á Flandes, hallábase resuelto á pasar por Francia para disfrutar de la compañía del rey.» En seguida recibió de Francisco I la invitación deseada. Así disimulaba bajo una complacien-



Carlos V (De un grabado antiguo)

te cortesía una gestión de hábil político. Abreviaba el camino para ir de España á los Países Bajos y confirmaba en la corte de Francia la voluntad, ya expresada por Montmorency, de no socorrer á los flamencos. Muy cierto que Carlos V tuvo que resignarse á los retrasos que las fastuosas recepciones de Francisco I ocasionaron á su viaje, pero también evitó todo compromiso formal en favor de su nuevo aliado.

Carlos V, llegado á los Países Bajos, debió hacer frente á una rebelión que presentaba á un tiempo el carácter de las antiguas

revoluciones municipales de Flandes y el de las agitaciones sociales que la predicación del protestantismo hacía surgir en todas las tierras del Imperio. La guerra que acababa de terminar en la tregua de Niza, había quebrantado hondamente á los Países Bajos; más de 50 buques suyos fueron apre-

sados por el rey de Dinamarca, Cristián III, aliado de los confederados de Smalkalda. La nueva regente María de Hungría, hermana de Carlos V, poco popular por su carácter viril y su ardor belicoso, había exigido nuevos impuestos. La ciudad de Gante ofreció su milicia nacional, negándose á pagar las contribuciones; los embargos y ejecuciones ordenados por la regente exasperaron á los habitantes. Al surgir la primera divergencia entre María de Hungría y

los ganteses, los anabaptistas sublevaron contra los señores á las ciudades de la Alemania del Norte, desde Münster hasta Lübeck. Indudablemente, aquellas revoluciones repercutieron en Flandes; en Gante el populacho se apoderó del poder municipal (Agosto de 1539). El partido de los *Creessers* revoltosos, guiado por Lorenzo Claes, que se declaraba abiertamente luterano, abrió sus filas á todos los vagabundos que afluían á la ciudad, invadió los conventos y fijó un día para saquear las casas de los ricos. Los burgueses, armados, vigilaban

sus bienes. El 14 de Febrero de 1540 Carlos V entró solemnemente en Gante. Al principio pareció preocupado únicamente de su instalación, pero se iba enterando de todo y preparando sus venganzas. Fueron decapitados nueve regidores elegidos por los revoltosos, las cartas comunales de Gante quemadas, y sustituidas por una *Concesión Carolina* que ponía la elección del concejo á discreción del soberano. Carlos colocó personalmente la primera piedra de una ciudadela destinada á inspirar terror constante á la población. Imponiéndola una multa enorme, arruinó sin remordimientos la ciudad más hermosa de sus Estados, su ciudad natal, de la cual solía decir con orgullo que era más grande que París, pues antes de su decadencia su recinto medía un perímetro de tres leguas.

Francisco I aguardó inútilmente la recompensa del señalado favor que había prestado á Carlos, quien pronto interrumpió toda negociación concerniente al Milanésado, dando la investidura de este ducado á su hijo Felipe (11 de Octubre de 1540).

El rey, chasqueado, se vengó del fracaso en sus consejeros. Desde la firma de la tregua, el almirante Chabot estaba sujeto á una investigación judicial, que terminó el 10 de Febrero de 1541 con una condena por concusiones y exacciones. El canciller Poyet añadió á los considerandos de la sentencia: por «infidelidades y deslealtades». El castigo de Chabot fué corto; el monarca le perdonó al cabo de un mes, pero él murió agobiado por la emoción y el pesar (15 de Junio de 1543). El canciller, su encarnizado perseguidor, «no tardó en sufrir la dura ley que

había aplicado», siendo encarcelado en la Bastilla (1542). Por último, Montmorency, principal autor de la reconciliación con Carlos V, permaneció algún tiempo en el Consejo, privado de toda influencia, y luego se retiró á sus posesiones. Francisco I no le volvió á llamar, ni siquiera para ponerle al frente de sus tropas. «No tenéis más que una falta—le había dicho el rey—, y es que no queréis á los que quiero yo.» Madama de Etampes, favorita del soberano, fué alejando

á los antiguos servidores para poner en su lugar al mariscal de Annebaud, lugarteniente general del Piamonte, que al morir Chabot ocupó el cargo de almirante, y al cardenal de Tournon. Estos nuevos consejeros no tenían otra misión que reanudar la guerra contra el emperador.

ÚLTIMA GUERRA DE FRANCISCO I. BATALLA DE CERISOLA.—Privado de sus antiguos aliados, Francisco I habría retardado mucho tiempo su venganza si los turcos no hubieran asestado los primeros golpes al poderío imperial. La

muerte de Zápolya rompió de nuevo las hostilidades en Hungría (1540). Carlos V resolvió entonces renovar la cruzada que tan buen resultado había dado en Túnez, pero fracasó en la desdichada expedición á Argel, donde la tempestad destruyó á la vez su escuadra, y su ejército (1541).

Italia y España quedaron consternadas. Los protestantes de Alemania, inspirados por la inminencia del peligro turco, se reunieron alrededor del emperador. Únicamente Francia se regocijó y armó para cooperar á la victoria de los otomanos. Rincón y Fregose, enviados secretos de Francisco I, al atravesar el Milanésado fueron asesina-



Barón de Gros.—Visita de Francisco I y Carlos V á la tumba de San Dionisio (Museo del Louvre)

dos por la guarnición de Pavía (Julio de 1541).

Francisco I reclamó, y se dispuso á conquistar el Luxemburgo y el Rosellón (1524). Claudio de Guisa se apoderó del Luxemburgo, lo perdió, y en cambio ocupó á Artois. Al Sur, el delfín había creído sorprender á Perpignan, pero se le adelantó el duque de Alba, que después de una guerra de continuas escaramuzas le obligó á evacuar el Rosellón. Carlos V reunió lentamente un ejército á orillas del Rhin, y derrotó al único príncipe protestante que se había declarado en Alemania por Francisco I, el duque de Cleves, que codiciaba el país de Gueldres. En seguida quiso marchar sobre París por el valle del Oise, pero le detuvo la ciudad de Landrecy, á la cual abasteció Francisco I; el mal tiempo obligó al emperador á levantar el sitio (1543).

Barbarroja, después de haber asolado las costas de Italia, ayudó al duque de Enghien á sitiar á Niza, única plaza que le

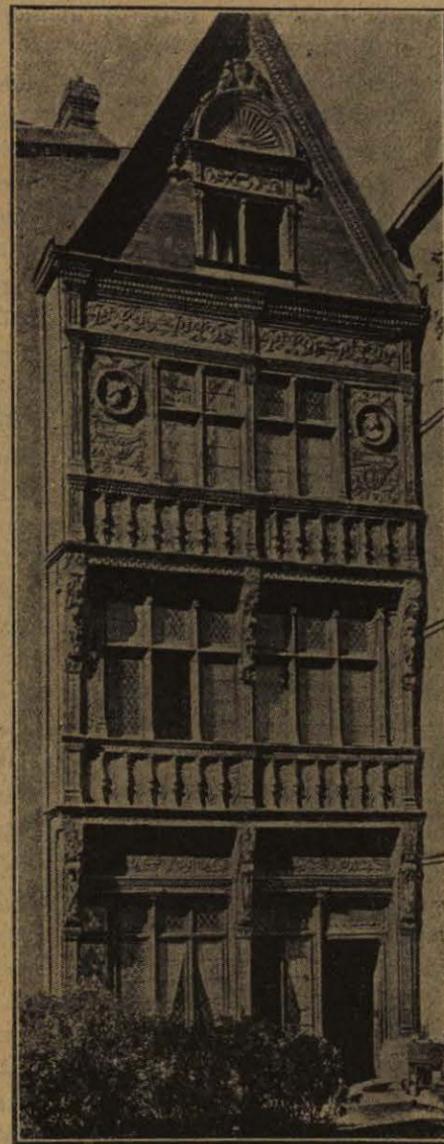
quedaba al duque de Saboya. Los franceses aceptaron la responsabilidad de todos los destrozos causados por los turcos, les hicieron invernar en Tolón y los sarracenos se marcharon en la primavera de 1544, con un cargamento de 14.000 esclavos. La indignación de Europa contra la alianza entre la Media Luna y la Flor de Lis agravó los peligros de Francia. Los príncipes protestan-

tes, reunidos en la dieta de Spira, prometieron su auxilio al emperador. Enrique VIII firmó una alianza con él, porque el rey de Escocia, Jacobo V, había empuñado las armas en favor de Francia.

Traicionado por sus nobles en la batalla de Solway Moss (1542), Jacobo murió dejando una hija, que se disputaban Inglaterra y Francia.

En el momento de empezar el cerco de las fronteras septentrionales de Francia por los ingleses y el emperador, una última victoria favoreció á las armas francesas en Italia. El duque de Enghien, encargado de la defensa del Piamonte, se veía hostigado mientras sitiaba la plaza de Carignán por el marqués de Guast, gobernador del Milanésado. Pidió al Consejo del rey permiso para combatir; el almirante de Annebaud, depositario de la táctica de Montmorency, se oponía al combate, manifestando los peligros que se derivarían de una derrota. Monluc, representante del duque de Enghien, apenas podía contenerse, y el rey

le dió su venia para hablar. Monluc exclamó que en vez de decir: «¿Y si perdemos?» debía gritarse: «¿Y si ganamos?» Prometió que el éxito infalible en Italia desconcertaría los proyectos de Enrique VIII y de Carlos V en los Países Bajos. Monluc alcanzó la autorización para combatir, y volvió al ejército de Italia acompañado de una numerosa nobleza que dejaba la corte, no por la guerra,



La arquitectura en tiempo de Francisco I. Casa de Ruán llamada de Diana de Poitiers